

considerable confusión. Se habló de detenciones de los jefes de la oposición —del propio Guzmán—, e incluso de que Balaguer está residiendo por los militares. Hubo tumultos, algún muerto. El Partido Revolucionario habló de responder a la fuerza con la fuerza: "Combatiremos por defender los derechos del pueblo dominicano". Se sumaron otros partidos, algunas organizaciones profesionales. Los miembros de la OEA se enfadaron con Balaguer.

Y, el jueves, dos días después, los mismos transportes militares que se habían llevado las urnas las devolvieron a los colegios electorales. Las habían "salvado" —dijeron— de la manipulación. Entre las filas de la oposición cundió, sin embargo, el temor de que las papeletas hubiesen sido manipuladas en los cuarteles y las oficinas de la Policía. No son los únicos, también los del partido gubernamental, los reformistas, dicen ahora que las papeletas han sido "trabajadas" para que el resultado sea el que conviene a Estados Unidos. La cuenta ha comenzado de nuevo. Pero, no se sabe por qué, ahora es más lenta. Los coordinadores dicen que tardarán unos quince días en comunicar los resultados definitivos. Pueden ganar en lentitud a los servicios españoles del 15 de junio de 1977, que parecían tener un record mundial de demora en la comunicación de resultados.

Sin embargo, todo parece volver al orden previsto. Las autoridades han dado orden de que las fuerzas militares y policíacas abandonen los colegios electorales y que el recuento se realice con legalidad y normalidad. Los nuevos resultados parecen ir confirmando la victoria de la oposición. Antonio Guzmán hace ya declaraciones como Presidente electo. En las que hace a "El País", borra ya toda la importancia del "incidente"; Balaguer va a terminar su carrera política "de una manera honorable y democrática, como corresponde a un hombre de Estado que ha dedicado su vida a 'quehaceres' políticos", las Fuerzas Armadas son obedientes al poder civil y la hostilidad —dice el vicepresidente del Partido Revolucionario, Majluta— estuvo protagonizada "por reducidos grupos militares" y ya ha desaparecido. Los hechos son "propios de una circunstancia muy especial, y haremos tabla rasa de estos hechos". Toda va por lo mejor en el mejor de los mundos posibles.

Pero el recuento prosigue. Y faltan tres meses para que el nuevo Presidente, si realmente es Antonio Guzmán, ocupe el cargo. De aquí al 16 de agosto aún podría alguien volver a perder los nervios. ■



El Jurado del Festival, integrado, entre otros, por el director norteamericano Alan J. Pakula, la actriz Liv Ullman y el realizador suizo Claude Goretta.

Cannes no es una fiesta

DIEGO GALAN

O al menos no es una fiesta para el llamado crítico. Lo es para los promotores de películas, para las estrellas, para algunos directores. El trabajo de informador es, en este caso, el servir a esta industria que organiza en Cannes los lanzamientos de sus películas, el de ir preparando al consumidor para que su aceptación del producto lo transforme en un negocio claro. Supongo que para eso nos invitan. Y supongo que todos caemos en la trampa de venir, de parecernos imprescindible esta fiesta ajena. Porque el que primero cae es el propio consumidor, considerando que en Cannes se proyectan "las mejores películas del año", queriendo cotillear el éxito o el fracaso de estos productos, las anécdotas de algunas de sus estrellas... y cuando resulta que verdaderamente en Cannes se han visto algunas de esas "mejores películas" (basta recordar los casos de "Le soufflé au coeur", "La grande bouffe" o "Novecento", por citar películas de años distintos), el espectador español, que las llega a ver generalmente tarde, o no al mismo tiempo que en el Festival, tiene ya el aliente de otros festejos más recientes, de otras promociones que le hacen olvidar la publicidad que los "informadores" hicimos en su momento a dichos productos.

Ha ocurrido estos días una anécdota significativa: esperando entrar a uno de los locales de Cannes para asistir a la proyección de una película, fuimos sorprendidos por una avalancha de fotógra-

fos que no podía controlar la Policía. Empujones, casi desmayos, gritos y detenciones, porque cada uno de esos fotógrafos (doscientos o trescientos para hacer un cálculo aproximado) quería obtener un primer plano de una estrella que entraba en ese momento lloqueando y protegida por varios forzados e implacables custodios. Conseguí ver a la estrella en cuestión, pero no identificarla. Uno de esos fotógrafos que habían conseguido escalar una ventana desde donde tiraba carretes interminables a la velocidad del rayo, me sacó de dudas: ¿quién es? "Farrah Fawcette Major". "¿Quién?". "Nadie, una mierda. Una estrella fabricada. Todavía no ha hecho ninguna película". "¿Y entonces?". "¡Ah! ¡Es la noticia!". La noticia era nadie. Pero había conseguido atraerse la atención de los fotógrafos... no dejándose nunca ver, al parecer, la tal Fawcette Major ha interpretado una serie de telefilms que ahora se emiten en Francia (y en España creo que hace unos meses). Cualquier cosa. Nada. Es lo mismo. Dirk Bogarde, que ha tenido la desgracia de venir durante varios años a Cannes, no es ya noticia. No vende. Fassbinder, que presenta su película, es retratado mecánicamente. Aquí funcionan otros valores. Justamente los que promocionan en primer lugar las productoras. Aquí se terminan de fabricar los productos comerciales del año. Independientemente de la calidad de las películas presentadas (no excesivamente alta en términos generales, a pesar de los

Oshima, Reisz, Chabrol, Fassbinder, Dassin, Von Trotta, Thulin y más nombres populares y garantizados).

En una próxima crónica hablaremos de esas películas. Aún quedan muchas por ver, aunque también puede señalarse que el Cannes de 1978 es menos abundante que el de otros anteriores. Menos abundante y más dificultoso, puesto que han desaparecido las proyecciones de repescas. O se viene desde el primer día o se pierden las opciones a conocer todas las películas del concurso. Quince largos días en los que las películas se cuentan más despacio pero las estrellas (las reales y las Fawcette Major de turno) abundan implacablemente. Los directores de las películas, sin embargo, soportan mal que bien unas estúpidas ruedas de prensa donde a todos se les pregunta prácticamente lo mismo (hasta el punto de permitirse la sospecha de que los preguntadores habituales no han visto las películas concretas) y se marchan precipitadamente. Algunos, como Fassbinder, se presentan con una torta pedorra encima que les impide prácticamente enterarse de esas preguntas: una forma como otra cualquiera de desembarazarse de este Cannes en el que no hay más que gente por las calles cámara en ristre, gigolos en busca de la vieja dama o críticos taciturnos comentando el aburrimiento del día.

No faltan los caros servicios informativos de la televisión de varios países. Todos ellos dan cuenta detalladamente de esas películas a concurso y algunos (como los periodistas de la televisión francesa) hacen "análisis" amplios en los que, por ejemplo, denuncian el alto grado de violencia que se registra en las películas. El mismo día, y el mismo espacio informativo en el que se han registrado varios muertos en el aeropuerto de Orly. Es decir, la especialización de esos informadores no es mayor que la de cualquier gacetero provinciano. Pero son justamente ellos los que dan la tónica ideal del Festival: el cine en su romance, en su idealismo, en sus estrellas, en su fiesta. Esa fiesta que no lo es para quienes nos limitamos a soportar (o en su caso disfrutar) las películas —a pesar de todo suficientes para no poder hacer otra cosa en todo el día— que se proyectan en los distintos locales. Fiesta que no es para quienes, en definitiva, no hemos venido más que para eso, creyendo ingenuamente que marginándonos del festejo propiamente dicho no hacemos lo mismo: ofrecer las páginas de nuestras publicaciones a la mayor honra y gloria de los lanzamientos publicitarios.

Que el lector disculpe este tono pesimista y aburrido. Cuando en la próxima crónica entremos con más detalle en las películas presentadas, posiblemente desaparezca ese tono. Sirva este avance para convencer a quienes contemplan con envidia la posibilidad de venir a Cannes de que se encuentran mucho más a gusto en sus casitas particulares yendo al cine cuando les apetece y eligiendo las películas a ver. No insistiremos en el tema. ■